

Cuando se trabaja llevando el Evangelio se puede hacer de diferentes maneras según los objetivos que queramos alcanzar. Si queremos hacer un trabajo para que la Iglesia crezca, seguramente organizaremos actividades que se desarrollen en las cercanías de la misma para, quienes escuchen el mensaje, comience a congregarse en ella. Si lo que queremos es alcanzar un pueblo o ciudad en donde aún no han escuchado acerca de Jesucristo, enviaremos a quien tenga un llamado misionero y lo sostendremos para que pueda desarrollar su trabajo allí. Si lo que queremos alcanzar es otro barrio, nos preocuparemos por conocer el lugar, su gente, y, de a poco, llevarles la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, que fue misionero por excelencia, siempre llevaba el Evangelio donde iba. Pero constantemente se movía con objetivos claros que hacía que sus caminos fueran trazados en base a estrategias para lograr los mismos. Aunque era una persona muy capaz, no era quien generaba todo esto, sino quien obedecía a Dios, quien le había dado la misión y para quien era un instrumento sumamente útil. El ejemplo de él, como de otros grandes evangelistas y misioneros de la historia nos muestra que las cosas deben hacerse en forma ordenada y pensada para que podamos ver resultados positivos con el tiempo.

Cuando hablábamos del Plan Cosecha 2000 dijimos que merecía un capítulo aparte ¿por qué? Porque fue un gran trabajo del que hoy podemos ver el fruto, pero el camino fue duro y trabajoso, aunque lleno de bendiciones para todos nosotros.

En el año 1996, el hermano misionero Randy Whittall nos presenta este gran desafío. Durante cuatro años íbamos a recibir apoyo humano y económico de un grupo de Iglesias de Oklahoma, Estados Unidos para que trabajáramos en algún lugar físico que eligiéramos, con el objetivo de que quedara allí establecida una iglesia en el año 2000. Como decía el nombre del proyecto, sembraríamos las semillas que cosecharíamos en el año 2000 y, de esta cosecha quedaría un grupo de iglesias que ocuparían los lugares que aún no habían sido alcanzados por el Evangelio.

Al principio, aunque con mucho entusiasmo, parecía una tarea difícil de realizar ¿por dónde empezar? ¿cuáles serían los pasos lógicos a seguir? Nuestro amado hermano Randy Whittall fue un capitán de primera, una joya que el Señor había moldeado y que brillaba entre nosotros. Él fue quien comenzó organizando el trabajando, impartiendo las directivas. Muchas veces salimos con autos a dar vueltas, buscando, a través de este método y apoyándonos en oración, el lugar en donde se comenzaría a desarrollar la tarea. Después de muchas salidas, en distintos grupos y de mucha oración, de los que íbamos, pero también de toda la congregación, todos coincidimos que la zona para trabajar era la comprendida entre las calles... Al reunirnos y compartir ideas, vimos que todos coincidíamos en lo mismo ¿casualidad? ¡no! Dios estaba mostrándonos sin dudas, el lugar donde movernos. Pudimos confirmar que donde dos o más están reunidos en su nombre, allí se muestra la voluntad de Dios. Ahora, fieles a la tarea encomendada, había que poner manos a la obra.

Un buen grupo de hermanos tomamos un par de manzanas por parejas y hacíamos encuestas casa por casa, ofreciéndonos a orar por cualquier motivo que tuvieran en esa familia y llevándoles en la segunda visita, literatura cristiana acorde al momento que estaban pasando. Pudimos conocer casos de enfermedad, depresiones, soledad, miedos, ¡cuánto necesita la gente de Dios y de Sus Palabras de amor! En este trabajo se unieron los esfuerzos de varias mujeres como Petronila de Lobos, Dolores Botello, Beatriz de Licatta, Alejandra Prieto, entre otras; y los matrimonios Whittall, Capriolo y Kündinger. Cada uno de los mencionados, así como también de todos los que desarrollaron la tarea, tendrá, sin dudas, memoria de caminar estas cuadras con amor, pero también con esfuerzo. Algunos terminaban de trabajar, y corrían a encontrarse con sus compañeros, otros íbamos con nuestros niños que, desde su corta

edad, y con sus limitaciones, también se sumaban a la tarea. Recuerdo que nosotros llevábamos a Ezequiel (que tendría unos tres años), y lo dejábamos en la camioneta con sus juguetes mientras hacíamos el trabajo de las encuestas. A medida que avanzábamos en la cuadra, adelantábamos la camioneta para poder ver a nuestro hijo mientras hacíamos la tarea. También el testimonio de Petronila, tantas veces contado, que terminaba su trabajo de limpieza y al rayo del sol caminaba esas cuadras con cansancio, pero con fervor y fuego en su corazón. A las personas que visitábamos, luego de algunos contactos (pasábamos una vez por semana por cada una de ellas), les ofrecíamos un discipulado llamado “Vida abundante”, que hacíamos en forma personal, en los hogares que se nos abrían.

Se alquiló una casa en la calle San Lorenzo 5865, que era bastante cómoda para la tarea que estaba por adelante. Tenía dos habitaciones grandes, cocina, baño y un pequeño patio. Se tenían reuniones de oración, una vez por semana en donde un grupo de nuestra Iglesia apoyaba con su presencia y se invitaba a aquellas personas que estábamos conociendo. Las fieles hermanas de nuestra congregación eran las primeras en apoyar estas reuniones entre las que estaban todas las que caminaban haciendo las encuestas, como también Sara Nassivera, Orfelía Avila, Concepción Más, María Luisa Lazzarini, entre otras. Ellas eran y son una de las herramientas más poderosas y útiles con las que contamos, ya que sabemos que en cualquier actividad, aún después del paso de los años, podemos contarlas como las primeras en estar. Que sus vidas sean de ejemplo a todos nosotros, porque aún ahora, algunos años después, ellas renuevan sus fuerzas para servir al Señor, olvidándose de dolores, enfermedades, el calor, el frío, la lluvia, y otras cosas, que aún los más jóvenes ponemos siempre como excusas. Así fue comenzando el primer grupo, que incluía a nuestras vecinas del fondo. Los sábados por la mañana, íbamos con Alejandra Prieto y ofrecíamos apoyo escolar a algunos niños, que luego quedaban para compartir historias bíblicas. Nuestro objetivo mayor era que ellos tuvieran un encuentro con el Señor. Pero la gran explosión del trabajo con los niños la tuvimos luego de una visita de los hermanos de Oklahoma, que eran quienes habían ideado este proyecto y lo habían traído a Rosario, y que nos apoyaban con su tarea y sus bienes. Este grupo de hermanos vinieron para traer en una semana una Escuela Bíblica de Vacaciones. Para prepararnos para el trabajo, el sábado anterior habíamos recorrido el barrio disfrazados de payasos, entregando invitaciones y globos. Teníamos las fuerzas y el entusiasmo que vienen del fuego de trabajar para el Señor. Grandes expectativas crecían en nuestra cabeza, imaginando la casa llena del bochinche de los niños, de sus risas, de sus canciones. La Escuela Bíblica comenzó el lunes. ¿La asistencia? Únicamente cinco niños de la Iglesia, que eran nuestros hijos y dos niñas del barrio, que estaban asistiendo al apoyo escolar de los sábados y que iban a otra Iglesia. ¿Qué había sucedido? Cuando habíamos salido el sábado anterior, los chicos que nos habían visto se habían entusiasmado y habían prometido venir. También habíamos estado orando, y las directivas del Señor iban en ese rumbo, por lo menos era lo que creíamos ¿Y ahora? Nadie, ni siquiera un solo niño nuevo. Pero, como estábamos convencidos de que Dios tenía el propósito de que trabajáramos allí, oramos y salimos a caminar otra vez las calles algunas hermanas, entre ellas Sandy Whittal, esposa del misionero, junto a las dos niñas y con nuestros hijos. Era un día frío y gris de julio, pero en nuestros corazones brillaba el sol de la esperanza que nos decía que hacíamos lo correcto. Dios quiere hijos valientes, que no se desanimen con los obstáculos que el enemigo continuamente pone delante de nosotros para hacernos desistir y sembrar la duda en nuestros corazones. Y, luego de caminar, caminar e invitar, cada uno de nosotros volvió a sus hogares, donde oramos para esperar que Dios nos mostrara si nuestro trabajo era agradable a sus ojos.

Al otro día llegamos, preparamos todas las cosas, colaborando con nuestros hermanos estadounidenses, y poco a poco, comenzaron a llegar los niños, que sumaron un buen grupo. El tercer día el grupo creció aún más. No hay nada tan hermoso como escuchar la voz de los niños diciendo: “¡Seño! La pasé tan bien ayer que hoy vine con mi primo, ¿puede quedarse?” ¡Cómo no! Nuestro deseo era que muchos niños escucharan la Palabra de Dios en esos días, todos los posibles. El último día unos sesenta niños estaban llenando la casa por todos los rincones. Esta bendición de Dios nos trajo alegría, satisfacción, confirmación, seguridad y tantas cosas más que respondían a nuestras oraciones de todos los días. Nunca vamos a terminar de agradecer a estos hermanos nuestros que dejaron sus casas ese tiempo y vinieron con valijas cargadas de lecciones, canciones, sorpresas para los niños, pero sobre todo amor y pasión por aquellos que se pierden y que nos contagió con esa locura de llevar el Evangelio con todas nuestras fuerzas. Ellos no solamente hicieron posible que muchos sueños de varias Iglesias se hicieran realidad, sino que nos dejaron las semillas en nuestros corazones, sembrando el deseo de trabajar en las misiones.

Desde ese momento se comenzó a tener Escuela Dominical los domingos por las mañanas, con la colaboración de varios hermanos, que muchas veces hacían grandes esfuerzos para cumplir con sus tareas en la Iglesia Bethel y cumplir con responsabilidad esta nueva tarea. Entre aquellos hermanos que estaban colaborando allí, muchos tenían cargos en la Iglesia. Me viene a la memoria la parábola de los talentos. Generalmente, Dios se vale de personas que están ocupadas para que realicen más tareas, esperando que aquellos que aún no han encendido sus corazones, se sientan contagiados y ansíen sumarse a la tarea. Dios siempre tiene un lugar para que cada uno de nosotros se sume. Es un privilegio trabajar para el Señor. Ojalá estas páginas no sean simplemente un montón de hechos que tomemos como historia, sino que a través de ejemplos como este nos movilizemos a poner las manos en el arado.

En junio de 1998 se presenta a la Iglesia la idea de la compra de una casa que estaba ubicada en Urquiza 6225. Si la obra iba en serio, sin duda este era el próximo paso. Para ese entonces se tenían reuniones regulares, y el grupo del lugar se iba afianzando lentamente. El desafío de fe, sin embargo, era grande. Se contaba con un dinero que los hermanos de la Misión Bautista del sur de Estados Unidos nos habían enviado, pero aún faltaba un resto, que no era menor. Se presentó a la congregación y se ofrecieron tarjetas de compromiso que cada uno asumía en donaciones o préstamos para este fin. Muchos hermanos donaron dinero, otros hicieron préstamos que de a poco la Iglesia les fue devolviendo con las ofrendas. Sin duda fue un esfuerzo para todos, pero Dios nos dio la oportunidad de sentirnos que, como Iglesia madre, estábamos dando a luz a nuestra hija. Como todos los partos, el trabajo puede ser duro, difícil, por momentos puede parecer que las fuerzas se agotan, pero al final es una bendición y un momento de felicidad incomparable.

Y fue pasando el tiempo, el grupo del lugar crecía y las personas de nuestra Iglesia que apoyaban las reuniones, de a poco disminuía, para dar lugar a los nuevos creyentes que poco a poco comenzaban a congregarse allí. Ya no hacía tanta falta nuestra presencia, sino que podíamos empezar a poner nuestra mirada en otro lugar. Dios seguramente nos mostraría lo que tenía preparado para nosotros ahora que esta obra estaba encaminada.

Allí quedaron los hermanos Sandy, Randy, Andrea, Caleb, y Abby Whittal; el matrimonio de Ana María y Manuel Capriolo, los hermanos Rubén, Betty, Natalia y Marcos Tamagna, y las hermanas Orfelía Avila y Marcela Metz. Aunque la tarea había comenzado unos años atrás, y el grupo que estaba trabajando en esta obra era mayor, estos hermanos decidieron quedarse en el lugar y continuar la obra.

El broche de oro, podríamos decir, es que el hermano Manuel Capriolo fue ordenado al pastorado el 8 de mayo de 1999. No solamente se iban un grupo de hermanos, sino que, también, lo hacían con un pastor salido de nuestra congregación que iría guiándolos. ¿Qué más se podría pedir? Dios había sido tan fiel a nuestras oraciones proveyendo manos para la obra, dinero para las necesidades materiales, siervos, según se presentaban las distintas situaciones. ¿Cómo no decir ¡Mi Dios es Todopoderoso!?. Él es nuestro amparo, nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones, roca eterna, Padre eterno, Príncipe de paz, todo para nosotros.

El 6 de junio de 1999, finalmente se constituye nuestra primera iglesia hija: “Buenas Nuevas”. A Dios sea, primeramente la gratitud, por permitirnos participar de su obra de extender el Evangelio, y luego la gloria y la honra, porque nada de esto hubiera sido posible con los esfuerzos y las mentes humanas. Este proyecto, sin dudas, estaba en Su mente, y nosotros fuimos simples siervos de los que Él se valió. Hoy podemos darle gracias a Él porque vemos que esta Iglesia tan joven está creciendo, material y espiritualmente, tiene un hermoso templo, pero, lo que es más importante, tiene un bello grupo de hermanos. Seguramente son los primeros años de una muy larga vida que le espera por delante.

Esta tarea estaba terminada y ahora debíamos esperar nuevas directivas de parte de Dios. Y no se hizo demorar en su respuesta. A fines de julio de 1999, apenas un mes después de la constitución de la Iglesia Buenas Nuevas, nuestro pastor de entonces, Hugo Licatta, nos presentó una situación que estaban viviendo hermanos nuestros de Correa, una ciudad cercana a Rosario. Este grupo había comenzado siendo una obra de extensión de la Iglesia Las Delicias, y luego habían ido solicitando ayuda a diferentes Iglesias, para guiarlos y, sobre todo, tener las predicaciones. A pesar de haber estado unos cuantos años trabajando allí, todavía no estaban constituidos en iglesia. Y, nuevamente, decimos sí a la tarea. Varios matrimonios nos ponemos a disposición para llevar el mensaje cada domingo y apoyar con nuestra presencia. Cada domingo, en forma alternada íbamos un grupo de hermanos, para conocer a los hermanos y trabajar en lo que ellos necesitaban.

Cuando llegó noviembre se les ofreció la idea de hacer un pesebre con niños del lugar, y llevar allí el coro de nuestra Iglesia, dirigido por nuestro hermano Hugo Pablo Licatta. Ellos aceptan la idea y durante todos los sábados de noviembre y diciembre íbamos a trabajar y ensayar con los niños, almorzábamos con los hermanos en la plaza, hacíamos algunas visitas, en fin, todo lo que hiciera falta. Los hermanos nos esperaban ansiosos y se sumaban a todos los proyectos que llevábamos. De a poco, y viendo que no era tan grande el paso que tenían que dar, sino que en fe, y confiando en Dios podrían hacerlo, van pensando en la idea de independizarse, constituyéndose en iglesia y crecer en el camino del Señor.

Luego de manifestar este deseo, se hacen los pasos legales que eran necesarios, para que todo se desarrolle en orden. Primeramente, ellos pasan a ser miembros de nuestra congregación. Nuestro Dios es un Dios de orden y los pasos deben ser ordenados para encontrar un buen final y ser bendecidos.

El trabajo de muchos hermanos, durante casi dos años, en donde se viajó varias veces una, y hasta dos veces por semana, incluyó visitas, momentos de fraternidad compartidos, mensajes, trabajos con niños, y demás, estaba llegando a su fin porque nuestra segunda hija estaba a punto de nacer. Fue casi una hija de adopción, pero como hija del amor, no menos amada que Buena Nuevas.

Finalmente, el 31 de marzo de 2001 se constituye la “Primera Iglesia Evangélica Bautista de Correa Dios es Amor”, en el templo de la calle Rafael Obligado 1197. El

pastor Hugo Licatta junto a su esposa Betty se hacen cargo de la obra allí luego de compartir largos años de bendición junto a nosotros. Recordamos siempre el trabajo en medio nuestro con mucho amor. ¡Dios derrame siempre grandes bendiciones sobre ellos!

También en nuestros años de vida compartimos relaciones de amor con muchas Iglesias. Podemos llamar “hermanas” a muchas de ellas por los momentos compartidos juntos. Las mujeres siempre tuvieron, y aún tienen, un gran compañerismo con hermanas de otras congregaciones. No solamente se han unido a ellas para compartir un té y la Palabra de Dios, también han trabajado juntas con objetivos comunes. Unieron esfuerzos para ayudar a otros con ropa, medicamentos, alimentos. Han realizado viajes, reuniones unidas, campañas, comidas. Siempre podemos aprender de ellas, compartiendo e intercambiando ideas para así crecer en el Señor en amor.

Los jóvenes no se quedaron nunca atrás. Siempre apoyaron las actividades que se proponían desde la Asociación de Iglesias Bautistas y desde el Departamento Juvenil de Rosario. Recuerdo en una época, cuando nuestro hermano Ernesto Simari era el presidente del Departamento Juvenil que se hacían impactos evangelísticos apoyando la actividad que se estaba comenzando en los pueblos y ciudades pequeñas que están en los alrededores de Rosario, como Cañada de Gómez, por ejemplo. Íbamos en colectivos hacia allí y allí hacíamos encuestas, repartíamos tratados e invitaciones y teníamos nuestra reunión de Quinto Sábado, casi siempre al aire libre, en alguna plaza. Muchos de los que ahora somos mayores apoyamos estas actividades y, puedo asegurarles que éramos los primeros bendecidos en el compartir con amigos y hermanos de otras congregaciones que sentían lo mismo, unidos por Cristo Jesús.

Más tarde vinieron reuniones unidas con otras Sociedades de Jóvenes en donde compartíamos no solamente la Palabra de Dios, sino también momentos de fraternidad. Luego llegaron lo que se llamó “Encuentros Zonales”. Varios grupos de jóvenes de diferentes Iglesias se reunían una vez en una, otra vez en otra, para tener sus reuniones. El trabajo de quienes eran los líderes juveniles de esta época fue muy importante para que muchos de estos chicos tuvieran un ambiente ideal para congregarse, compartir con otros, y crecer en el Evangelio. Era la líder de entonces nuestra hermana Marcela Cardozo. Muchas veces solemos tener la mirada limitada y creemos que esto sirve solamente para encontrarnos. Pero Dios se agrada cuando su cuerpo está unido, y juntos comparten la pasión del trabajo por Cristo. Allí donde hay unidad, hay bendición.

Los jóvenes son inquietos, febriles, siempre están haciendo algo. Se han unido a través de los años para, con esfuerzos compartidos, hacer recitales, impactos evangelísticos, mostrar quienes son y en Quien creen a todos los que nos rodean. No solamente llegaron a otros a través de estos encuentros, también crecieron ellos en el camino del Señor, enriqueciéndose unos con otros. Que nadie tenga en poco su juventud. Antes bien, aprendamos de ellos.

Como congregación, también trabajamos muchas veces junto a otras iglesias, preparando juntas coros, pesebres, recitales, campañas evangelísticas. Con todas ellas compartimos “un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre”. Recordamos con amor a todas las iglesias hermanas de Rosario y de su zona: Barrio Ludueña, Echesortu, Barrio Belgrano, Las Delicias, Redentor, Arroyito, Distrito Sur, Eben-ezer, y tantas otras que podríamos mencionar aquí.

Pero tenemos una hermana, lejos en la distancia, pero cerca de nuestro corazón. En nuestro país vecino de Paraguay está nuestra hermana la Iglesia Luz, en Laurelty. Quizás sea casualidad, quizás no, el nombre de nuestras dos congregaciones aparecen juntos en un mismo versículo bíblico: Génesis 28:19. Allí Jacob cambia el nombre de un lugar que se llamaba “Luz” por “Bet-el”. Como si las dos congregaciones fuéramos

lo mismo con diferentes nombres, así nos sentimos con esta Iglesia hermana, dos lugares diferentes, pero con el mismo sentir, el mismo propósito, la misma visión, y, lo que es más importante, la misma cabeza, que es Cristo. La conocimos en julio de 1996. El Ministerio de Compañerismo, con Betty de Tamagna a la cabeza, había organizado vacaciones para la Iglesia en San Bernardino, un lugar muy hermoso, cerca de Asunción. Allí nos esperaban nuestros hermanos Noemí y Ernesto Simari, que hacía algunos años se habían ido a Paraguay por cuestiones de trabajo. Ellos hicieron todo lo posible para que estas vacaciones resultaran estupendas, y fuéramos atendidos de forma inmejorable. Ellos pertenecían a la Iglesia de Villa Morra, en Asunción, donde fuimos al culto del domingo, pero desde hacía algunos años estaban trabajando en Laurety. Allí la obra había comenzado en la casa de una hermana del lugar, y con el apoyo de ellos, que siempre fueron fieles siervos del Señor, estaban creciendo y construyendo lo que sería el templo futuro. Una tarde, subimos a los autos, los hermanos Simari, los hermanos Whittall, los hermanos Licatta y nosotros, los Kündinger, y fuimos a conocer lo que, en ese entonces eran, los cimientos. Todavía recuerdo el orgullo de mostrarnos como iban a estar distribuidas las dependencias, el amor de la hermana que nos recibió en la casa, que era en ese momento el templo, y fuimos contagiados por ese amor y ese orgullo, y nos comprometimos en la distancia, a entablar una relación fraternal. Quizás podríamos encontrarnos alguna vez y compartir algún retiro, alguna actividad, alguna campaña. Pero lo que sí era seguro es que compartiríamos las oraciones unos por otros, y la unidad en el Señor, que es el cabeza de toda Iglesia en la tierra, el amor entre nosotros y tantos vínculos fuertes que pueden acortar las distancias y hacer que nos sintamos uno derribando barreras de kilómetros, idiomas, fronteras, costumbres.

Un tiempo más tarde, cuando este grupo, que, como dijimos era una obra de extensión de la Iglesia de Villa Morra, se constituyó en Iglesia, quisimos enviarles con nuestro hermano Remigio Prieto un regalo que materializase nuestro amor. La mesa de la Cena, que está allí, y que es una réplica de la mesa de la Iglesia de Villa Morra, fue nuestro obsequio.

También el pastor Licatta, su esposa y Alejandra Prieto, viajaron allí posteriormente, a un campamento en donde pudieron estrechar lazos con estos hermanos. Ya parecía que la distancia que nos separaba no era tanta, y que cualquier oportunidad era buena para compartir con ellos.

Pero nos habíamos comprometido a algo más y no nos olvidamos de ello. El coro de nuestra Iglesia había preparado la cantata “El Testigo”, y se presentaba la idea de trabajar juntas, ellos haciendo el trabajo previo, y nosotros llevando la cantata. Y lo que parecía casi imposible, se fue haciendo realidad. Un colectivo lleno de trajes, telones de escenografía, utilería, pero sobre todo, de hermanos llenos de sueños, de ilusiones y dispuestos a trabajar parte de Rosario rumbo a Paraguay. Los hermanos de allí los reciben con sus corazones, sus brazos y sus hogares abiertos. La unión fraternal se hace palpable en la reunión de todos los hermanos. Y los resultados no se dejan esperar. El mensaje del Evangelio, llevado a través de la música impactó en muchos corazones paraguayos, cambiándoles la vida, y dándoles una nueva en Cristo. Y el amor del corazón de los paraguayos impactó en los corazones rosarinos que viajaron hasta allí.

Unos años más tarde, recibimos la visita de ellos. Esta vez los hermanos paraguayos preparan una cantata y vienen con su coro y sus actores hasta Rosario. Esto nos permite seguir creciendo en compañerismo y amor con ellos. La distancia hace que sea imposible que nuestros acercamientos físicos sean más frecuentes, pero estamos siempre unidos en oración y en un mismo espíritu. Continuamente recibimos noticias de

nuestros amados hermanos porque Noemí y Ernesto Simari, que está al frente de la Iglesia Luz son familiares de las familias Prieto y Simari de nuestra congregación.

“Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos” es el versículo que nos debería unir como pueblo de Dios, no importa en qué congregación nos encontremos. Allí Dios envía bendición y vida eterna.